

Un ideal es una concepción mental fija, de un carácter inspirado, creado para guiar la conducta.

Imagínate una frágil barquilla sin timón que la guíe, a merced de las tumultuosas olas y expuesta a cada momento a ser destrozada por los embates de las olas contra las rocas del mar.

Pues bien, eso es el hombre sin el timón del ideal, una frágil barquilla siempre expuesta a perder la salud del cuerpo y lo que es peor a perder la salud del alma.

¿Y puede la humana mente concebir un ideal más noble y santo que el ideal de Cristo?

Cristo es amor, y enseñar a amar es enseñar el camino del cielo, que es paz, dicha y felicidad.

Y tanto es así, que el que vive el ideal Cristiano, hasta en las penas más amargas encuentra placer cuando son sufridas pacientemente por amor al Señor.

Por eso, cuando el ideal de Cristo se adueña del corazón humano, constituye un poderoso freno que le impide precipitarse por la vertiginosa pendiente del vicio. Es a manera de faro luminoso que le orienta y guía hacia seguro refugio y aun cuando en la lucha consigo mismo sucumba, siempre será un instigador acicate que le incite una y otra vez a la lucha contra sus imperfecciones, hasta alcanzar la victoria.

La voz de su Cristiana conciencia le dirá con acentos que no admiten réplica, que cada deseo que transforme en cualidad, cada vicio que convierte en virtud, son otros tantos enemigos vencidos en provecho propio y que serán sus mejores aliados en lo sucesivo, hasta alcanzar el fin apetecido.

Por lo tanto, amigo lector, enamórate con vehemencia de tu ideal; abrázate a él con todas las fuerzas de tu alma, para que sea tu ánclora de salvación.

FRAY DIEGO DE JESÚS.